

Un día triste para Rentería

El 14 de Agosto de 1.956, de madrugada, dejó de existir el alcalde de la Villa, don Joaquín P. Lapaza

En tal día como hoy leyó personalmente, con el vibrante acento que le era característico, el pregón de las fiestas patronales ante el micrófono de Radio San Sebastián. Y Rivero y Macía, sucesores de «Figurski», le hicieron la fotografía que encabeza el reportaje que, sinceramente condolidos todavía por la desgracia, publicamos ahora en homenaje a su memoria.

Todo fué tan rápido que nadie se pudo explicar ni entonces ni ahora cómo pudo ser...

Días después de las «magdalenas», en el ambiente todavía el eco de los últimos cohetes y de los postreros compases del emocionante «Centenario», se sintió repentinamente enfermo. Después... sobrevinieron tristes y dolorosas jornadas de clínica, la de la Cruz Roja de San Sebastián, durante las cuales la Ciencia hizo cuanto pudo, primero para localizar la dolencia, más tarde para combatirla.

Siguieron prolongadas horas de esperanzador



Esta es la última fotografía del señor Lapaza, obtenida por «Figurski»



El responso ante la parroquia, solemne momento captado en toda su patética grandeza por nuestro colaborador gráfico Ruiz Reza

optimismo. Los íntimos que le visitaban a diario o que a diario conversaban con los médicos que asistían al paciente nos traían todos los atardeceres tranquilizadoras impresiones acerca de su estado.

De pronto, bruscamente, se presentó la gravedad: una gravedad no previsible por la Ciencia. Y... lo irremediable: la muerte. Era la madrugada del martes 14 de Agosto.

x x x

En don Joaquín Lapaza cabe considerar tres aspectos, a cual más interesante: el hombre, el médico, el alcalde.



El fúnebre cortejo a su paso por la Alameda de Gamón (Foto Figurski)

A raíz de la desgracia, un amigo del finado, ilustre paisano suyo, vallisoletano también y destacado hombre de leyes, J. Villanueva, escribió en un periódico de la Ciudad del Pisuerga, bajo el título «El médico de Rentería—Un español en Vasconia», un interesante trabajo del que nos complacemos en entresacar las siguientes líneas, harto expresivas por lo que tienen de definidoras:

«Parece que el comentario en torno a la muerte de una persona sólo puede o debe hacerse cuando el relieve público o la notoriedad del ser fallecido justifican suficiente y paralelamente la publicidad y notoriedad del comentario necrológico.

«Y, sin embargo, hay hombres que sin alcanzar excepcional talla en los ámbitos de la notoriedad nacional, por su modo de ser—que es manera de pensar y de vivir—han logrado crearse una «figura»—eso que acompaña hasta la sepultura al «genio»—y convertirse en auténtico «tipo» humano, en cuanto el tipo representa de originalidad y ejemplaridad.

«Pues bien: Joaquín Pérez Lapaza no sólo era un excepcional tipo humano, sino posiblemente arquetipo de muchas conductas.

«Por lo que más arriba escribí, me guardaré mucho de dar al público una intimidad entrañable e inolvidable que reservo para mí solo, como tesoro de una amistad forjada a lo largo de muchos años—más de treinta—, de muchas afinidades y de no pocas comunes peripecias; pues que pienso que al público puede no interesar la intimidad de aquel a quien no conoce. (La semblanza del Joaquín íntimo he de escribirla para mí solo)».

x x x

En la apreciación del hombre cabe comprender también para valorar la entereza de un carácter y el tesoro afectivo de un alma esos subaspectos humanos que se llaman el amigo, el esposo y el padre.

Lapaza —cordial, sencillo, espontáneo, caballeroso—tenía un concepto muy serio y muy alto de la amistad; y aquel a quien él ofrecía una vez su mano, bien podía ase-



El féretro, muy cerca ya del Camposanto renteriano. Le dan guardia de honor individuos de nuestra Guardia Municipal. Deirás, la Diputación Provincial, con maceros. (Foto Figurski)

gurar que tenía en don Joaquín un amigo para toda la vida y con todas las consecuencias que el táctico compromiso de la amistad tras consigo.

Llegado a Rentería al final de la Guerra de España, su estancia entre nosotros sirvió para complementarse aún más de lo que estaba con nuestro ambiente, nuestro carácter, nuestras costumbres y nuestro paisaje. Vasco por línea materna, don Joaquín vivió largas temporadas, desde pequeño, en Orio y hablaba nuestra lengua vernácula con la soltura y la perfección de un nativo culto y estudioso.

En Rentería se estableció, en Rentería se hizo muy pronto popular y en Rentería conoció a la que, andando el tiempo, había de ser la madre de su hijo Joaquín María.

Y si personalmente era un amigo cordial y entrañable, en su vida familiar no tenía tampoco la menor tacha como esposo y padre amantísimo.

x x x

En su vida profesional, era Lapaza un médico celoso y abnegado, desinteresado, trabajador y abierto a todos los progresos de la Ciencia. Los caseros de todos estos contornos y la humilde gente de mar del barrio de Ondarcho lloraron a lágrima viva el día de su muerte y hoy no pueden recordarle sin pronunciar su nombre con un temblor de fervoroso agradecimiento en los labios...

Y porque ejerció la Medicina por auténtico sacerdocio, bajó al sepulcro rodeado del general y unánime respeto de compañeros y pacientes.

x x x

El tercer aspecto de los que a nosotros más nos interesan en la personalidad del finado es el de Lapaza alcalde.

Sucedió en la presidencia de nuestra Corporación Municipal a don Juan Los Santos y tomó posesión del cargo el 13 de Octubre de 1951. Falleció, pues, dos meses antes de cumplirse los cinco años de su mandato.

Hombre de nuestros días, no es posible aun juzgar sin apasionamiento, porque carece de perspectiva en el tiempo, toda su labor al frente de los destinos de la Villa.

Sin embargo, y absolutamente desprovistos de la pretensión de hacer un balance estadístico de su actuación alcaldicia, creemos, sí, que le son atribuibles las realizaciones siguientes:

La desaparición de la pesadilla del río; la II Exposición-muestrario Industrial, celebrada en Julio de 1954; el derribo del matadero viejo, edificio donde también estuvieron la Alhóndiga, el Juzgado y el local de ensayos de la Banda, y la construcción en el mismo lugar de una linda placita con bancos y una fuente; la comunicación del barrio de Castaño con el casco de la Villa, antaño por demás incómodo, por no decir que imposible, para

caballerías y automóviles; la subida al Cementerio por Santa Clara, pavimentada en la actualidad de hormigón vibrado; el impulso decisivo en la construcción del poblado de Alaberga, que tanto ha contribuido a la resolución parcial en Rentería del problema de la vivienda; la carretera de Zamalvide, de unos 4 kilómetros aproximadamente, que es —en opinión de varios técnicos— la mejor carretera de la Provincia de cuantas existen dentro de los pueblos guipuzcoanos; la urbanización y alumbrado del barrio de Ondarcho, así como los de las calles de Francisco Gascue, Segundo Ispizua, Vicente Elícegui, Martín Echeverría, Alfonso XI (donde el doctor Lapaza tenía su consulta) y Viteri, con aquel oportunísimo corte que se dió a la casa de Apezteguía, logrando así, además de ganar en estética, que la curva de dicha calle no ofrezca tanto peligro como antaño; el actual estado del campo de deportes de Larzábal; el muro de mampostería que va desde el hospital al matadero; el cierre con hormigón de la regata de Pekín, antaño al descubierto y hoy perfectamente transitable incluso para camiones de considerable tonelaje, y la carretera de Arandán a Iruñeta, que facilita grandemente, con el consiguiente abaratamiento de la mercancía, el transporte de la madera.

x x x

Como se sabe, don Joaquín Lapaza era diputado provincial desde marzo de 1954, cargo que había jurado el 2 de abril del mismo año.

Conocido su óbito, la Diputación se reunió en sesión extraordinaria el mismo día, acordando constara en acta el sentimiento de la Corporación y asistir a la conducción y funerales en cuerpo de comunidad.

Tanto el traslado del cadáver al cementerio de la Villa, que tuvo lugar a las doce y media de la mañana del día de la Virgen, como los funerales, celebrados a los once del jueves, día 16, revistieron extraordinaria solemnidad, patentizándose en ambos actos el sentimiento unánime que la desgracia había causado en el pueblo renteriano.

En el presente reportaje recogemos varios instantes de la conducción de los restos del querido amigo don Joaquín a su última morada; la expresiva elocuencia de estas fotos nos ahorra de insistir sobre la solemnidad que revistieron aquellos actos y de la intensa, unánime y emocionada participación que tomó el pueblo renteriano en los mismos.

x x x

Respetuosamente rogamos a la familia doliente y a las Corporaciones a que perteneció el finado acepten, también, la condolencia sincerísima de los editores, dirección y colaboradores de la revista RENTERIA.